

ANDAN preocupados teóricos y prácticos con lo que va a ser la economía de la postguerra, y buscan, en la experiencia de la pasada, enseñanzas para la que habrá de venir.

La preocupación es para unos y otros de distinto orden y de muy diferente dimensión. El capitalista trata de conocer cuál será la posición menos desfavorable para sus capitales; el hombre de negocios desea hallar la base sobre que elaborar planes para el futuro; el comerciante quisiera no encontrarse cogido, cuando el cambio de la guerra a la paz sobrevenga, por contratos demasiado onerosos entonces. El afán del teórico, más desinteresado y especulativo, es barruntar la orientación que va a seguir el mundo de la postguerra, y los nuevos problemas que le va a plantear.

Siendo ardua tarea satisfacer a unos y a otros, creo que las aspiraciones de los especulativos, con ser de mayor envergadura, constituyen un tema más abordable, por la misma razón que es más fácil pronosticar si va a llover mañana que fijar el número de litros de precipitación.

En cuanto depende de factores humanos, economía del mundo parece connotada fundamentalmente por las directrices políticas que hayan de imperar. Un juicio superficial nos llevaría a concluir que esto pende de la suerte de la guerra, lo cual sería cerrarnos todo camino, porque ¿quién es capaz de conjeturar seriamente el desenlace de la aventura humana más plébrica de elementos de azar?

Por objetivo que lograra ser nuestro juicio, no dejaría de atribuirse la calidad del pronóstico más a pasión que a ciencia, a sentimiento más que a entendimiento. Y no sin punto de razón, que si difícil es que no se deslice en estas cuestiones algún elemento pasional, más lo es todavía llegar a una persuasión firme cuando lo afectivo se excluye por completo. La razón carece de base suficiente para una conclusión sólida en problema tan abstracto y en que toda información intachable de parcialidad falta.

Empero hay una circunstancia que nos permite prescindir de esta cuestión espinosa: es el hecho curioso de que el resultado de las guerras suele influir poco en el curso de la Historia. Esta afirmación quizás semeje algo paradójica, porque estamos acostumbrados a considerar la guerra como uno de los factores históricos más importantes y decisivos. Desde luego, en el desfile de los acontecimientos es lo más ruidoso e impresionante, como lo más impresionante del oleaje es su romper en espumas y fragores. Pero al mareante de la Historia, más que esto le importa el mar de fondo.

No es de ahora la observación de que, con frecuencia, el triunfador de la guerra es vencido en la paz por la ideología del vencido. No pretendo que sea ésta una ley histórica, suponiendo que haya leyes históricas, pero el que ocurra algunas veces indica que el perfil de los acontecimientos es diseñado por causas más profundas que la episódica lucha de las armas. Las ideologías triunfan por las guerras; en una palabra: independientemente de sus resultados.

El ejemplo aleccionador más reciente que se puede aducir es el de la guerra de 1914-18, puesto que los sucesos posteriores no son todavía enjuiciables. Triunfaron en aquella guerra quienes se presentaban como adalides de la democracia y del liberalismo contra quienes, al decir de sus enemigos, representaban una tendencia más auto-

ritaria, más militarista, más opresora políticamente, aunque entonces como ahora las naciones democráticas estuvieran coaligadas, por paradoja del destino, con la más genuina representante de la autocracia. Cabía suponer, y así lo supusieron a la sazón ingenuamente, la mayoría de las gentes de una y otra flia, que aquel triunfo iba a traer el fin de las guerras entre las grandes potencias, el licenciamiento de los ejércitos y el predominio más absoluto de los principios liberales.

Todo el mundo advierte hoy que no ha sido así. Aquella paz ficticia ha dado lugar, en un plazo que ni el más pesimista hubiera pensado tan corto, a una guerra más terrible. Las estadísticas de armamentos y de hombres en pie de guerra, pese a todas las conferencias de desarme, nos dicen bien a las claras que los temores y peligros de esa nueva guerra no se lograron mitigar gran cosa en ningún momento. Y si por libertad y democracia entendemos lo que se entendía antes de 1914, no creo que nadie se engañe sobre el balance que arroja la comparación

entre el mundo de aquel entonces y el de después. Claro que se puede sostener que ha sido luego cuando hemos ido por el camino de la libertad y de la democracia verdaderas, pero en todo caso

LA CRISIS DE NUESTRO TIEMPO

FONDO DOCUMENTAL

Jerman Bernacer

Por GERMAN BERNACER

Catedrático de la Escuela Central Superior de Comercio

sería el de la libertad y la democracia como la entendían los vencidos de antaño, porque nadie ha dicho nunca que luchara en contra de los intereses del pueblo y de las legítimas libertades del hombre. Siempre se ha tratado de diferencias de apreciación en cuanto al modo y manera de realizar el bien de los pueblos.

Se dirá que, en las luchas internacionales, más que cómo se ha de ordenar el Mundo, se discute quién es el que lo ha de ordenar y regir. Esto es cierto en buena parte, y precisamente este sello de lucha de hegemonías es lo que quita a las guerras su carácter trascendente, porque la trascendencia histórica la da la naturaleza de los hechos y no el nombre de su autor. Y ocurre a menudo que, acabadas las guerras, el vencedor, sea quien sea, viene a someterse forzosamente al imperativo de los tiempos, independientemente de su cartel de guerra, y ese imperativo es el que importa descubrir.

Aun concediendo a esa opinión todo lo que se puede conceder, es indudable que, originalmente, siempre hay una distinción ideológica que justifique la pugna; sin ella, no se suscitara la pasión para la pelea, ni había base para consolidar la posible victoria.

En la pasada guerra la distinción ideológica no era menor. Pero los resultados prácticos obtenidos creo que hubieran satisfecho muy poco a los ideólogos pertenecientes al bando vencedor. Y no cabe alegar que es que los vencedores fueran traidores a su propia causa, pasándose deliberadamente al campo enemigo. No podían tener interés en ello, y no lo hicieron; sus esfuerzos por restaurar el antiguo orden de cosas durante la postguerra fueron denodados, aunque infructuosos. La Sociedad de Naciones fracasó estrepitosamente como instrumento de una diplomacia a la luz del día y en interés general del Mundo. Los antiguos artilugios políticos resultaron cada vez más notoriamente ineficaces. Los problemas económicos, agudizados y agravados por las propias condiciones de la paz dictada, no se dejaban tratar por los procedimientos de relativa libertad transaccional de antes de la guerra. Fuerzas subterráneas e incontrastables, que ya habían venido actuando en la paz, y que habían sido factores importantes de la guerra, gobernaban sensible-

mente el Mundo a despecho de los hombres que querían restaurar el antiguo orden de cosas.

La consecuencia que de estas premisas me parece derivarse, es que los acontecimientos de los últimos treinta años obedecen a un proceso histórico que se está cumpliendo a pesar de todo y aun contra los designios deliberados de quienes creen regir el Mundo. Las guerras, manifestaciones incidentales de ese proceso, no lo influyen decisivamente, aunque probablemente lo aceleran, actuando a modo de catalizadores.

Mas se dirá: Si no son los designios de los hombres, ni el resultado de sus luchas más enconadas lo que decide esta trayectoria de los acontecimientos, de curso al parecer fatal en sus resultados, ¿qué fuerza cósmica o sobrenatural los gobierna marcando su ineluctable destino?

A mi juicio, no hay nada extrahumano en este proceso; son factores humanos los que lo encauzan, pero factores difusos, factores de masa, determinados por un nuevo sentir general de las gentes. Son el producto de las experiencias que se han ido acumulando en el espíritu de los hombres durante un tiempo pródigo en ensayos y novedades, los anhelos y las ansias que han despertado los adelantos, mil sutiles influencias de los tiempos que hacen que se parezcan más un inglés, un alemán, un español e incluso un chino contemporáneos, que cualquiera de éstos y sus compatriotas de hace tres o cuatro generaciones. Nadie tiene conciencia de adónde conduce todo esto, no ya sólo quienes son átomos ciegos en este dinamismo social y psíquico, ni aun los hombres de ciencia clarividentes; si la tuvieran, podrían hacerse previsiones que nadie ha podido intentar con acierto.

¿Un objetivo? No existe. ¿Una finalidad? Nadie la ve claramente. Es algo que impregna el alma de los hombres de nuestro tiempo, más en la subconciencia que en la conciencia, pero que no por eso matiza menos su conducta social y orienta por nuevos rumbos su pensar y sentir cotidianos. Y es este carácter de fuerza ciega, de masa inerte en movimiento, lo que da a ese fenómeno colectivo su fisonomía de fatalidad cósmica, ante la que se han de inclinar en definitiva, cualquiera que sea su opinión personal, quienes rigen los destinos de los pueblos.

La existencia de este proceso profundo me parece indudable. Cual sea su naturaleza íntima, es cosa ya más dudosa y sobre la que hemos de especular en brazos de la hipótesis. Mas como el proceso está ya bastante avanzado, el curso de la trayectoria que imprime a los acontecimientos no es más difícil de descubrir que para el geómetra trazar la curva completa cuando conoce un segmento de ella.

Yo intentaré la solución del problema, que la excesiva extensión que han adquirido estas consideraciones me impide abordar hoy. Perdóneseme si, para especular sobre él, he tenido que salir del campo de mis incursiones habituales. Pero era indispensable justificar, siquiera fuera sumariamente, la exclusión que hago, en un problema típicamente económico, de una cuestión que, no siendo esencial, es demasiado espinosa y a muchos parecerá decisiva y previa.